

res del oficio, y concluía su carta con mucha gracia y resignacion: *Todo esto digo porque mi vuelta puede ser en carta, pues tan agravado me hallo; encomiéndeme á Dios.* No obstante de hallarse tan malo, el celoso y fervoroso incendio que residia en su corazon le hacia posponer su salud y vida por la caridad del prójimo, no dándole lugar á privarlos de los bienes espirituales del santo sacramento de la confirmacion, y como veia que solo hasta julio del siguiente año que se cumplia el decenio de la concesion, duraba esta extraordinaria facultad, no quiso omitir el hacer la diligencia de su parte, para que lograsen este bien espiritual, esperando en que Dios nuestro Señor, por quien emprendia este viaje, le asistiría. Con esta confianza se embarcó con el padre arriba expresado, y sin la menor novedad desembarcó por el mes de setiembre en San Diego.

Aunque no llegó mejor de sus males, pero sí muy alentado en el fervor y espíritu, de modo que luego trató con los padres de la disposicion de los neófitos para confirmarlos: así lo practicó, y dejándolos á todos con este bien espiritual, emprendió el camino por tierra de ciento setenta leguas hasta Monterey, haciendo su mansion en cada mision, procurando no dejar cristiano alguno sin confirmar, por ser la última visita con la dicha facultad. En la mision de San Gabriel, segun me escribieron los ministros, se vió apurado del accidente del pecho, que pensaban que allí se moria; pero no por esto dejaba de rezar, decir misa y confirmar, y era ya con tanta fatiga, que los indios chicos que le ayudaban á la misa, decian á sus padres ministros con mucha pena y dolor, que expresaban con lágrimas: Padres, ya el padre viejo (así lo llamaban) se quiere morir, con lo que se enternecian los padres y se les oprimia el corazon, y mas cuando tuvo á todos los neófitos confirmados, trató de ponerse en camino para la siguiente mision de San Buenaventura, recelosos no muriese en el camino, que es de mas de treinta leguas, sin mas poblacion que gentilidad.

Pero dióle Dios fuerzas para llegar á su querida mision de San Buenaventura (la última que habia fundado el año anterior), y viendo ya en ella su competente número de cristianos que el año antecedente habia visto gentiles, no cabia de alegría, dando muchas gracias á Dios; los que confirmó con extraordinario gozo y júbilo de su corazon, que al parecer le alivió sus males, pues salió de ella ya muy aliviado de la sufocacion del pecho y siguió su camino con el mismo alivio.

Cruzó por los pueblos de gentiles de las veinte leguas de la costa de la canal de Santa Bárbara, que no bajan de veinte pueblos bien formados y poblados de mucho gentío, y en cada uno de ellos se le derretia el corazon por los ojos: ya que no podia regar aquella tierra con su sangre para lograr su reduccion, porque no estaba en su

mano, procuró regarla con lágrimas nacidas de sus fervorosos deseos, que le hacian prorumpir con el *Rogate Dominum mesis, ut mitat operarios in messem suam:* (Matth. 9, vers. 38.) y la carencia de estos es de creer que le acortó la vida, segun las vivas ansias que tenia de la conversion de los gentiles, pues desde que recibió la noticia de no venir misioneros para las misiones de la canal, se le oprimió el corazon, ofreciéndolo á Dios nuestro Señor con sus deseos de la propagacion de la fe.

Saliendo de la canal siguió su camino, cruzando por las dos misiones de San Luis y San Antonio, en las que se detuvo á confirmar á los neófitos recién bautizados; y colmado de méritos llegó á su mision de San Carlos por enero de 1784, con mas fuerzas y salud que cuando por agosto se embarcó, dejando á todos admirados y llenos de gozo viéndolo otra vez en su mision cuando pensaban no volverlo á ver.

La llegada á su mision no fué para dar descanso á su cuerpo, tan fatigado de los caminos sobre la avanzada edad de setenta años ya cumplidos, sino para aplicarse con mas fervor al culto de su viña, catequizando á los gentiles, bautizando y confirmandolos, y en los demás ejercicios en que ordinariamente se empleaba, teniendo para ello distribuido el tiempo. Celebró la cuaresma y semana Santa con su acostumbrada devocion y ejercicios, y después de Pascua y haber concluido con los que habian de confesar y comulgar para el cumplimiento de la Iglesia, trató de venir á estas misiones del Norte á hacer la última visita.

#### CAPITULO LVII.

##### ULTIMA VISITA QUE HIZO EN ESTAS MISIONES DEL NORTE.

En cuanto se vió desocupado el venerable padre presidente de los precisos quehaceres de su mision, principalmente del cumplimiento de la Iglesia, salió para estas misiones á hacer las últimas confirmaciones y á bendecir la iglesia de la mision de Santa Clara, para lo que lo tenían convidado los misioneros de ella, que tenían determinado dedicarla el 16 de mayo. Salió su reverencia de su mision á últimos de abril, y no deteniéndose en Santa Clara, reservando para la vuelta el hacer confirmaciones, se vino para esta de nuestro padre San Francisco, la mas interna, adonde llegó el 4 de mayo sin novedad en la salud. Fué para mí su llegada de extraordinario gozo el ver en esta mision, la mas interna de lo conquistado, á mi amado y siempre venerado padre maestro y lector, que nueve meses antes se habia por carta despedido de mí, como si no nos volviésemos á ver: deseaba lograr la dicha de gozar su compañía tan amable por algunos dias en esta mision; pero Dios dispuso no fuese como

deseábamos, pues á los dos dias de llegados huí de salir á toda prisa para la de Santa Clara, por haber venido la noticia por posta de hallarse muy malo el principal ministro de ella el reverendo padre fray José Antonio Murguía.

En cuanto recibí la carta, tomada la bendicion del venerable prelado, que quedó para las confirmaciones, me puse en camino, y hallé al enfermo con una fuerte calentura; dispúsose con todos los santos sacramentos, y el dia 11 de dicho mes de mayo entregó su alma al Criador, de quien piamente creemos todos iria á descansar en la iglesia triunfante, y recibir del Señor el premio de su fervoroso celo de la conversion de las almas, en cuyo ejercicio se empleó treinta y seis años; los veinte en las misiones de los pames de la sierra Gorda, en las que convirtió á muchas almas, fabricó una suntuosa iglesia, que fué la primera que en aquellas conquistas se hizo de cal y canto.

Vino desde aquellas misiones para las Californias; en la antigua trabajo cinco años, y entregadas aquellas misiones á los padres dominicos, subió para esta nueva California, en la que fundó la mision de nuestra seráfica madre Santa Clara, dejando en ella bautizados cuando murió mas de seiscientos gentiles. En esta su mision acababa de fabricar una grande iglesia, que segun dijo el reverendo padre presidente, es la mejor y mas grande de todos estos establecimientos, de cuya fabrica habia sido el difunto no solo maestro, director y sobrestante, sino tambien peon, enseñando á los indios neófitos; teniéndola concluida para celebrar la dedicacion el dia 16 de mayo, fué Dios servido de llevarlo para sí el dia 11 de dicho mes, sin duda, como piamente creemos, para que tuviese mas premio en el cielo.

El especial afecto que siempre tuve á este religioso desde el año de 50 que nos conocimos y empezamos á ser compatriotas en el ministerio, hasta su muerte, que quiso Dios fuese yo y le administrase los santos sacramentos y ayudase, y la correspondencia de su afecto, no me da lugar á omitir esta memoria. No era menor el afecto que le tenia el venerable padre Junipero, pues siempre lo tuvo por perfecto religioso y grande operario para la viña del Señor, y por esto lo solicitaba con grandes ansias para estas nuevas misiones, como se puede ver en las cartas que quedan copiadas en su lugar. No obstante el cordial afecto que le tenia, no pudo su reverencia asistir á su muerte, pues no dió lugar lo agudo de la fiebre, y lo distante de quince leguas que se hallaba confirmando en esta mision de nuestro padre. Y en cuanto concluyó, dejando confirmados á todos los neófitos, caminó para Santa Clara en compañía del gobernador, que estaba convidado para padrino de la dedicacion de la iglesia.

Llegaron á aquella mision el 15 de dicho mes por la mañana, en donde los recibimos quasi sin podernos hablar, por la pena que nos embargó

las palabras, considerando la muerte del padre, que habia trabajado tanto para fabricar la iglesia que venian á bendecir, y cinco dias antes de la dedicacion se lo habia llevado Dios para premiarlo en el cielo. Por la tarde se hizo con toda la solemnidad posible la bendicion segun el ritual romano, con asistencia de todo el pueblo de neófitos y muchos gentiles que asistieron, como tambien de la tropa y del vecindario del pueblo de San José de Guadalupe. Y el dia siguiente, que fué el domingo quinto después de Pascua, dia de la consagracion de la basilica de nuestro santísimo padre San Francisco, cantó el reverendo padre presidente la misa, en la que predicó al pueblo con aquel espíritu y fervor que acostumbraba, y concluida la misa hizo confirmaciones en los que estaban ya preparados.

Aunque pensaba retirarme á mi mision, me detuvo su paternidad diciéndome se queria disponer para morir, por si no nos viésemos mas, pues se hallaba ya postrado, y que ya no le podia quedar mucho tiempo de vida. Hizo unos dias de ejercicios espirituales y su confesion general, ó repitió la que otras veces habia hecho, derramando muchas lágrimas, no siendo menos las mias recelando no fuese esta la última vez que nos viésemos: no logrando lo que ambos deseábamos de morir juntos, ó á lo menos que el último asistiese al que se adelantase, y mirando el que su paternidad se iba para su mision y yo para la mia, distantes cuarenta y dos leguas, y todas de gentilidad, no sería muy fácil el conseguirlo; pero quiso el padre de las misericordias y Dios de toda consolacion darme este consuelo, que diré en el siguiente capítulo.

Los dias que se detuvo en Santa Clara se empleó en disponerse para morir, como tambien en el santo ejercicio de bautizar á algunos que concurren (de que fué siempre muy goloso y jamás se vió harto) y confirmar á los neófitos que no habian recibido este santo sacramento; y habiendo algunos que por enfermos no pudieron venir á la iglesia, fué su paternidad á su rancharia á confirmarlos en sus casas, para que no se privasen de este bien; y no dejando á cristiano alguno sin confirmar, el mismo dia que hizo las últimas confirmaciones se puso en camino para su mision de Monterey, dejándome con aquella pena que se deja considerar de un filial afecto.

En cuanto llegó á su mision, que fué á principios de junio, envió para la de Santa Clara para ministro en lugar del difunto padre Murguía, al que estaba en Monterey de supernumerario fray Diego Noboa; y su paternidad entabló de nuevo su apostólico ejercicio, instruyendo de nuevo á los que faltaba de confirmar, antes que se cumpliese el decenio de la comision y facultad, que era el 16 de julio de dicho año de 84, y para dicho dia tuvo ya confirmados á todos los de su mision, sin quedar neófito alguno por confirmar. Y al ver su paternidad espirada la facultad

tad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo día 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes a los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo día llegó el nun io de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho día 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venian de San Blas con los viveres y avíos; y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habian de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decia la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenia el colegio, por los que habian fallecido y otros que se habian regresado para España cumplido el tiempo y de la mision, que años habia esperaban de España no se tenia la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazón del venerable padre Junipero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir; y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro mas seguro conducto tuvo aviso de ella, pues segun obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba a las misiones, dando noticia a los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los mas retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supe a los quince dias de su muerte, por carta que le contestaban a esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones mas cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que estimaria viese un padre de cada mision para los avíos que traia el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista; y a mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y segun el efecto, todo esto se dirigia a que asistiésemos a su muerte, y así habria sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

### CAPITULO LVIII.

#### MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decia fuese para Monterey, aunque no me decia fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco a salir, me fui por tierra. Llegué el día 18 de agosto a su mision de San Carlos, y hallé a su paternidad muy postrado de

fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde a la iglesia a rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil a la asuncion de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oírlo cantar con la voz tan natural, dije a un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocia desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El día siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentia muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad a cantar en el coro con los neófitos y a rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó a rezar y cantar los versos de la Virgen, y el siguiente día, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del vía crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos a que me llamaba interin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenia de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera habia estado desde el día que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo día que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco dias de mi llegada a Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó a la mision a visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que habia caído al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hizo lo así sin mas efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecia se le oyó la menor demostracion de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traído del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos a cortar y repartir a los neófitos para cubrir su desnudez.

Día 25 de agosto me dijo que sentia no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidente, y vinieron con las cartas diciendo se habian quedado olvidadas. En cuanto ví el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaria mucho a dejarnos nuestro

amado prelado segun lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron a tiempo, porque el de la mision de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir a su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres dias después y solo pudo asistir a las honras el día 7, como diré después.

Día 26 se levantó mas fatigado, diciéndome habia pasado mala noche, y así que queria disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estúvose todo el día recogido sin admitir distraccion alguna, y por la noche repitió conmigo su confesion general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el día 27 entré a visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los maitines antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecía: preguntando cómo habia pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrarse una forma y la reservase, que él avisaria: así lo hice, y acabada la misa volví a avisarle, y me dijo que queria recibir al Divinísimo de Viático, y que para ello iria a la iglesia: diciéndole yo que no habia necesidad, que se adornaria la celdita del mejor modo que se pudiese y vendria Su Majestad a visitarlo, me respondió que no, que queria recibirlo en la iglesia supuesto podia ir por su pié, no era razon que viniése el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo a la iglesia, que dista mas de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino a la funcion con parte de tropa, que juntó con la de la mision, y todos los indios del pueblo ó mision acompañaron al devoto padre enfermo a la iglesia, todos con gran ternura y devocion.

Al llegar su paternidad a la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la funcion. Salí de la sacristia revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota funcion entono el fervoroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum*; expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viático con todas las ceremonias del ritual, y concluida la funcion devotísima, que con tales circunstancias jamás habia visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devocion y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedóse solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así tan recogido no di lugar entrasen a hablarle.

Vi iba a entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venia llamado del padre para hacerle el cajon para enterrarlo, y queria preguntarle cómo lo queria. Enterneciome, y no dándole lugar a entrar a hablarle le mandé lo hiciera como el que habia hecho para el padre Crespi. Todo el día lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el día y sin hacer cama.

Por la noche se sintió mas agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letania de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho a las tablas de la cama; y dijele que se podia recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentia mas alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraídos del amor grande que le tenían como a padre que los habia reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecia. Y me respondió que le parecia estar muy agravado; a mí me parece que este bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si queria la absolucion y aplicacion de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puestó de rodillas recibió la absolucion plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la orden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el día del doctor señor san Agustín, 28 de agosto, al parecer aliviado y sin tanta sufocacion del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arrimada a la cama. Esta consistia en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponía una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendia en el suelo la frazada y una almohada y se tendia sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogía con la frazada y almohada, y en su mision y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponía la cruz sobre la almohada; así la tenía en esta ocasion, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del día que habia de entregar su alma al Criador.

Como a las diez de la mañana de dicho día de san Agustín vinieron a visitarlo los señores de la fragata su capitan y comandante don José Ca-

nizares, muy conocido de su paternidad desde la primera expedicion del año de 69, y el señor capellan real don Cristóbal Diaz, que tambien lo habia tratado en este puerto el año de 79. Recibiólos con extraordinarias expresiones, mandando se diese un solemne repique de las campanas; y parado les dió un estrecho abrazo, como si estuviese sano, haciéndoles sus religiosos y acostumbrados cumplimientos, y sentados, y su paternidad en su equipal, le refrieron los viajes que habian hecho al Perú desde que no se habian visto, que era desde el dicho año de 79.

Después de haberlos oído les dijo: Pues señores, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que ha no nos vemos y que después de tanto viaje como han hecho, el que hayan venido de tan lejos á este puerto para echarme una poca de tierra encima. Al oír esto los señores y todos los demás que estaban presentes, nos quedamos sorprendidos, viéndolo sentado en la sillita de cañas y que con todos los sentidos habia contestado á todo: dijéronle, disimulando las lágrimas, que no pudieron contener: No, padre, confiamos en Dios que todavía ha de sanar y proseguir en la conquista. Respondióles el siervo de Dios, quien si no tuvo revelacion de la hora de su muerte no pudo menos que decir que la esperaba breve, y les dijo: Sí, sí, háganme esta caridad y obra de misericordia de echarme una poca de tierra encima, que mucho se los agradeceré. Y poniendo sus ojos en mí, me dijo: Deseo que me entierren en la iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespi por ahora, que cuando se haga la iglesia de piedra me tirarán donde quisieren.

Quando las lágrimas me dieron lugar para responderle, le dije: Padre presidente, si Dios es servido de llevarlo para sí, se hará lo que vuestra paternidad desea, y en este caso pido á vuestra paternidad por el amor y cariño grande que siempre me ha tenido, que llegando á la presencia de la beatísima Trinidad, la adore en mi nombre, y que no se olvide de mí y de pedirle por todos los moradores de estos establecimientos, y principalmente por los que están aquí presentes. Prometo, dijo, que si el Señor por su infinita misericordia me concede esta eterna felicidad que desmerecen mis culpas, que así lo haré por todos, y el que se logre la reduccion de tanta gentilidad que dejó sin convertir.

No pasó mucho rato cuando me pidió rociase con agua bendita el cuartito; lo hice, y preguntándole si sentia algo, me dijo que no, sino para que no lo haya; quedóse en un profundo silencio, y de repente muy asustado me dijo: Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo; léame la Recomendacion del alma y que sea en alta voz, que yo la oiga. Así lo hice asistiendo á todo los dichos señores del barco, como tambien su paternidad compañero fray Matías Noriega, el cirujano y otros muchos, así del barco como de la mi-

sion. Y le leí la Recomendacion del alma, á la que respondia el venerable moribundo como si estuviera sano, sentadito en el equipal ó silla de cañas, enterneciéndonos á todos.

En cuanto acabé, prorumpió lleno de gozo diciendo: Gracias á Dios, gracias á Dios ya se me quitó totalmente el miedo; gracias á Dios ya no hay miedo, y así vamos afuera. Salimos todos al cuartito de afuera con su paternidad; viendo todos esta novedad quedamos al mismo tiempo admirados y gozosos; y el señor capitan del barco le dijo: Padre presidente, ¿ya ve vuestra paternidad lo que sabe hacer mi devoto san Antonio? Yo le tengo pedido que lo sane y espero que lo ha de hacer, y que todavía ha de hacer algunos viajes para el bien de los pobres indios. No le respondió el venerable padre de palabra; pero con una risita que hizo nos dió bien claro á entender que no esperaba esto ni pensaba en sanar.

Sentóse en la silla de la mesa, cogió el Diurno y se puso á rezar; en cuanto se concluyó le dije que era mas de la una de la tarde, que si queria tomar una taza de caldo, y diciendo que sí, lo tomó, y después de dado gracias, dijo: Pues vamos ahora á descansar. Fué por su pié al cuartito en donde tenia su cama ó tarima, y quitándose solo el manto, se recostó sobre las tablas cubiertas con la frazada con su santa cruz arriba dicha, para descansar. Todos pensábamos que era para dormir, supuesto que en toda la noche no habia probado el sueño. Salieron los señores á comer; pero estando con algun cuidado, al cabo de un poco rato volví á entrar, y arrimándome á la cama para ver si dormia, lo hallé como poco antes lo habiamos dejado, pero durmiendo ya en el Señor, sin haber hecho demostracion ni señal de agonias, quedando su cuerpo sin mas señal de muerto que la falta de respiracion, sino al parecer durmiendo, y piamente creemos que durmió en el Señor poco antes de las dos de la tarde el día del señor san Agustin del año de 1784, y que iria á recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas.

Dió fin á su laboriosa vida siendo de edad de setenta años, nueve meses y cuatro dias. Vivió en el siglo diez y seis años, nueve meses y veintin dias, y de religioso cincuenta y tres años, once meses y trece dias, y de estos en el ejercicio de misionero apostólico treinta y cinco años cuatro meses y trece dias, en cuyo tiempo obró las gloriosas acciones que ya vimos, en las que fueron mas sus méritos que sus pasos, habiendo vivido siempre en continuo movimiento, ocupado siempre en virtuosos y santos ejercicios y en singulares proezas, todas dirigidas á la gloria de Dios y salvacion de las almas. Y quien con tanto afán trabajó para ellas, cuánto mas trabajaria para el logro de la suya?

Mucho podria decir, pero pide mas tiempo y mas sosiego; que si Dios me lo concede y fuere su voluntad santísima, no omitiré el trabajo de es-

cribir algo de sus heroicas virtudes para edificacion y ejemplo.

En cuanto me cercioré de haber quedado huérfanos sin la amable compañía de nuestro venerado prelado, que no dormia, sino que en realidad habia muerto, mandé á los neófitos que allí estaban hiciesen señal con las campanas; y luego que con el doble se dió el triste aviso, ocurrió todo el pueblo llorando la muerte de su amado padre, que los habia reengendrado en el Señor y estimado mas que si hubiera sido padre carnal; todos deseaban verlo para desahogar la pena que les oprimia el corazon por los ojos y llorarlo. Fué tanto el tropel de la gente, así de indios como de soldados y marineros, que fué preciso cerrar la puerta para ponerlo en el cajon que su paternidad el día antes habia mandado hacer. Y para amortajarlo no fué menester hacer otra cosa que quitarle las sandalias (que heredaron para memoria el capitan del paquebot y el padre capellan que se hallaban presentes) y se quedó con la mortaja con que murió, esto es, con el hábito, capilla y cordon y sin túnica interior, pues las dos que tenia para los viajes, seis dias antes de morir las mandó lavar con los paños menores de muda, y no quiso usar de ellas, queriendo morir con el solo hábito y capilla con la cuerda. Puesto el venerable cadáver en el cajon y con seis velas encendidas, se abrió la puerta de la celda en la que ya estaban los tristes hijos neófitos con sus ramilletes de flores del campo de varios colores para adornar el cuerpo de su venerable padre difunto. Mantúvose en la celda hasta entrada la noche, siendo continuo el concurso que entraba y salía rezándole y tocando rosarios y medallas á sus venerables manos y rostro, llamándole á boca llena padre santo, padre bendito y con otros epítetos nacidos del amor que le tenían y del ejercicio de virtudes heroicas que en él habian experimentado en vida.

Al anochecer lo llevamos á la iglesia en procesion, que formó el pueblo de neófitos con los soldados y marineros que se quedaron; y puesto sobre una mesa con seis velas encendidas, se concluyó la funcion con un responso. Pidiéronme que quedase la iglesia abierta para velarlo y rezar á coros la corona por el alma del difunto, remudándose por cuadrillas, pasando así la noche en continuo rezo: condescendí á ello, quedando dos soldados de centinela para impedir cualquiera piedad indiscreta ó de hurto, pues todos anhelaban lograr alguna cosita que hubiese usado el difunto, principalmente la gente de mar y de la tropa, que como de mas conocimiento y que tenían al venerable padre difunto en grande opinion de virtud y santidad, por lo que los que lo habian tratado en mar y tierra me pedian alguna cosita de las que hubiese usado; y aunque les prometí que á todos consolaria después del entierro, no fué bastante para que no se propasasen cortándole pedazos del hábito del lado de abajo

para que no se conociera; y parte del cabello del cerquillo sin poderlo advertir la centinela, si no es que diga que fué consentidor y participante del devoto hurto, pues todos anhelaban lograr algo del difunto para memoria, aunque era tal el concepto en que lo tenían, que llamaban reliquia, y procuré corregirlos y explicarles, etc.

CAPITULO LIX.

SÓLEMNE ENTIERRO QUE SE LE HIZO AL VENERABLE PADRE JUNIPERO SERRA. La cortedad de la tierra y de la gente que la puebla no daban lugar á hacer al bendito cadáver del venerable padre Junipero aquel entierro y honras con la pompa que le merecian sus heroicas virtudes, por reducirse solo á la tropa del presidio, distante como una legua de la mision, y de la escolta de esta, como tambien de los neófitos de que se compone el pueblo de la mision, que son como seiscientas personas de todas edades. Tambien era difícil la asistencia de muchos sacerdotes, porque no habiendo en los presidios capellanes, y en las misiones solo dos misioneros en cada una y tan distantes entre sí, es natural que en el entierro de alguno de los misioneros no asista otro que el compañero que queda en vida; y que no haya mas concurso de gente que los indios neófitos y la escolta de un cabo con cinco soldados.

Pero quiso Dios honrar á su fiel siervo (que tanto habia trabajado para formar pueblos que alabasen al Señor y que igualmente habia huído de todo lo que era honra) el que muriese en ocasion que estuviese fondeado en el puerto de Monterey el barco, que solo en dicho corto tiempo que se detiene una vez al año á dejar la carga logramos concurso de gente española; con lo que se logró para el entierro el concurso de la gente de mar y del real presidio, como tambien la de cuatro sacerdotes y cinco para las honras de que hablaré después.

Fué el entierro el día inmediato después de su muerte, que fué el día domingo 29 de agosto. La mañana del dicho día llegó al presidio el padre fray Buenaventura Sitjar, ministro de la mision de San Antonio, distante veinticinco leguas de Monterey, quien en cuanto recibió mi carta que queda expresada en su lugar, despachándola para San Luis, distante otras veinticinco leguas, se puso en camino sin pérdida de tiempo y no pudo alcanzarlo vivo; y sabiendo en el presidio que la tarde antecedente habia fallecido el venerable prelado, se detuvo en él á decir misa, y concluida se fué para la mision con el señor ayudante inspector de ambas Californias (ausente el señor gobernador), como tambien fué el comandante del presidio cuasi con toda la tropa, dejando la muy precisa guardia en el real presidio.

Poco después llegó el señor capitán y comandante del paquebot con el padre capellán y con los oficiales de mar y toda la tripulación, dejando á bordo la muy precisa para custodiar el barco, como tambien para que con la artillería de abordó se le hiciese al venerable padre difunto los honores, disparando de media á media hora un cañon, al que correspondia con otro el presidio (en cuyo ejercicio estuvieron todo el dia), cuyos tiros con el funesto doble de las campanas enternecian los corazones de todos.

Junta toda la gente en la iglesia, que siendo bastante grande se llenó, cantóse una vigilia con toda la solemnidad posible, é inmediatamente canté la misa asistiendo los señores con velas encendidas, y se concluyó con un responso cantado y se dejó la funcion del entierro para la tarde, quedando el gentío en la mision empleándose en visitar al difunto, rezándole y tocándole rosarios y medallas á su bendito cadáver; continuando las campanas con el funestodo ble y la artillería de mar y tierra con sus tiros como si fuera algun general.

A las cuatro de la tarde se hizo señal con las campanas y se volvió á juntar toda la gente en la iglesia; se formó la procesion con cruz y ciriales, componiéndose toda la gente de indios neófitos, marineros, soldados y oficiales, estos con velas en dos filas, y la capa con ministros los mismos de la mañana; y después de cantado un responso cargaron al venerable difunto, remudándose á tramos, porque todos los señores; así de mar como de tierra, querian lograr la dicha de haberlo cargado sobre sus hombros. Dióse vuelta por toda la plaza, que es bastante capaz; hiciéronse cuatro posas ó paradas y en cada una se cantó un responso.

Llegados á la iglesia fué colocado sobre la misma mesa al pié de las gradas del presbiterio; se pasó al entierro cantando las Laudes con toda solemnidad, segun el manual de la órden; fué sepultado en el presbiterio al lado del Evangelio, y se concluyó la funcion con un responso cantado, aunque las lágrimas, suspiros y clamores de los asistentes tapaban las voces de los cantores. Lloraban los hijos la muerte de su padre, que habiendo dejado á sus ancianos padres en su patria, habia venido de tan lejos solo con el fin de hacerlos sus hijos é hijos de Dios, por medio del santo bautismo. Lloraban las ovejas la muerte de su pastor, que habia trabajado tanto para darles el pasto espiritual y los habia libertado de las uñas del lobo infernal; y finalmente, los súbditos por la falta de su prelado, tan docto, tan prudente, afable, laborioso y ejemplar, conociendo la grande falta que hacia para el adelantamiento de estas espirituales conquistas.

Acabada la funcion, se me amontonó toda la gente pidiéndome alguna cosita de las que hubiese usado el padre, y como eran tan pocas las que el venerable padre tenia de su uso, no era fácil

contentar á todos. Para evitar el tropel de la gente que pedia, saqué la túnica interior que habia usado el padre (aunque á lo último no la usaba, pues como ya dije murió con solo el hábito) y la entregué al comandante del paquebot para que la repartiase entre la gente de mar, á fin de que hiciesen unos escapularios; que los trajesen á bendecir el dia 4 de setiembre, que para este dia, como sétimo de la muerte, se harian las honras al padre difunto, con lo que quedaron contentos; y á la tropa y á otros particulares repartí los paños menores, haciendo tiras de ellos, como tambien dos paños de narices.

El uno de ellos heredó el médico ó cirujano real don Juan García, así por lo que le habia asistido, como por el antiguo conocimiento y particular afecto que tenia al difunto. A los pocos dias que volvió á la mision me dió las gracias del pañito, diciéndome: Con el pañito espero hacer mas curas que con mis libros y botica: tenia en la enfermería, dijo, un marinero muy malo de unos fuertes dolores de cabeza que no le dejaban sosegar; me dejé de medicamentos y le amarré el pañito, quedóse dormido y amaneció sano y bueno. Espero, dijo, que el pañito ha de hacer mas que la botica general. Tal era el concepto que tenia hecho del venerable padre Junípero.

No era menor el que tenia de sus virtudes el padre predicador fray Antonio Paterna, que le conocia desde el año de 50 que vino de España en la misma mision, aunque en el segundo trozo: estuvo muchos años en las misiones de la Sierra-Gorda, al mismo tiempo que allí estaba el venerable padre presidente, y desde el año de 71 en estas misiones, y actualmente se halla de ministro de la mision de San Luis, á quien escribí, como ya queda dicho, el aviso de hallarse enfermo el reverendo padre presidente, que lo deseaba ver antes de morir. En cuanto recibí mi carta se puso en camino apresuradamente con los deseos de alcanzarlo vivo; pero por mucha prisa que se dió caminando todo el dia y parte de la noche, no pudo llegar á tiempo ni aun para el entierro, pues llegó á los tres dias de haber muerto, y solo pudo asistir á las honras, como diré en el capítulo siguiente.

De la fatiga del camino en un religioso de sesenta años de edad, que caminó la mayor parte malo y muy caloroso en el mes de agosto, que hacen excesivos calores en la Sierra de Santa Lucía, le resultó á los pocos dias de su llegada un grande y grave accidente que nos puso á todos en cuidado, como tambien al cirujano real, que dijo ser dolor cólico: hizo el médico su oficio, y diciéndo era cosa de cuidado, se dispuso el padre para morir pensando seguir al venerable padre presidente. Viéndole fatigado de los dolores, le dije: Padre, quiere cesarse con el cilicio de cuerdas de nuestro padre presidente fray Junípero? tal vez querrá Dios aliviarlo. Sí, padre, me respondió, traigamelo: ciñóse con él y en breve sintió alivio,

de modo que ya suspendí el darle el Viático: se fué mejorando y en breve se recuperó y se puso sano y bueno, de suerte que cuando sali de aquella mision para esta ya decia misa.

El referir estos casos no es porque intente publicarlos por milagros, ni es mi ánimo que como á tales los tengan, pues puede haber sido el efecto natural ó casualidad, y á mí no me toca el indagarlo ni examinarlo, sino repetir la protesta del principio: que así en este particular como en todo lo que llevo escrito en esta relacion histórica y demás que dijere, me conformo con el breve de la santidad del señor Urbano VIII expedido en 5 de junio de 1631 y con los demás decretos pontificios. Solo he referido dichos casos en prueba de la grande opinion en que estaban las virtudes del reverendo padre Junípero, y su vida ejemplar en toda clase de gentes que lo habian tratado y comunicado de muchos años; cuya fama y pública voz de sus virtudes les hacia codiciar alguna cosita que hubiese usado el padre, como tambien los atraía á asistir á honrarlo después de muerto, como se verá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO LX.

DEVOTAS HONRAS QUE EL DIA SÉTIMO SE HICIERON AL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Deseoso de manifestarme agradecido discípulo á mi siempre amado y venerado maestro, no me contenté con las honras que se le hicieron en el entierro, sino que procuré repetirlas el dia sétimo, anhelando mas sufragios para su alma por si necesitase de algunos para recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas. En cuanto insinué mis deseos, se dieron por convidados todos los señores, así del presidio como del barco. Y así el dia 4 de setiembre concurrió á la mision igual concurso de gente (si no fué mayor) de comandantes, oficiales, soldados, marineros é indios, segun y como el dia del entierro, haciéndole los mismos honores con la artillería, que ya dije en la primera funcion, que duraron con el doble de las campanas todo el tiempo de la funcion, que fué:

Una vigilia cantada con toda la solemnidad posible, y concluida canté la misa, asistiendo de ministros los mismos que el dia del entierro, y en el coro asistieron los padres fray Antonio Paterna y fray Buenaventura Sitjar, con los indios cantores instruidos por el padre difunto, y concluyó la funcion con un solemne responso. No faltaron en esta funcion lágrimas y suspiros, así de los hijos neófitos como de los demás que asistieron, dándonos á entender con sus lágrimas lo muy querido que fué de los hombres el venerable padre Junípero, y piamente creyendo todos que por sus heroicas virtudes que en él experi-

mentaron en su laboriosa y ejemplar vida, fué y es querido de Dios, de quien habrá recibido el premio de sus afanes apostólicos.

Concluida la funcion, me presentaron un gran número de escapularios que habian hecho de la túnica del venerable padre, que ya dije regalé al señor comandante de mar para que la repartiase; los que bendije, advirtiéndoles que la veneracion en que los habian de tener, era por ser de sayal de nuestro seráfico padre san Francisco, y con la bendicion de la iglesia; que el ser dichos escapularios de la túnica del padre Junípero, les habia de servir para que se acordasen de su reverencia para encomendarlo á Dios, que le dé el eterno descanso: dijeron todos que quedaban entendidos. Pero no quedaron todos contentos, diciéndome no habian participado de la túnica, principalmente los de tierra, y así me pidieron alguna alhaja para memoria del padre; y como no habia qué darles mas que libros, no tenia con que contentarlos; pero acordándome de una porcion de medallas que tenia el venerable padre, con que solia regalar á los devotos, las saqué y repartí, de modo que quedaron todos contentos y consolados, y con memoria para acordarse del venerable padre Junípero para encomendarlo á Dios.

Solo nosotros sus súbditos nos quedamos con la triste pena y dolor de vernos privados de tan amable padre, prudente prelado y tan docto y ejemplar maestro, que como tan cariñoso padre, era de todos sus hijos amado, pues á todos sus súbditos tenia consolados; como maestro tan docto, descansábamos en sus altos dictámenes y prudentes reflexiones; y finalmente, como tan ejemplar maestro nos animaba á todos con el ejemplo de sus apostólicos afanes, á trabajar con gusto y alegría en esta viña del Señor, que plantó su apostólico celo en esta tan interna é inculta tierra, tan apartada de la cristiandad que se puede contar entre las remotísimas del centro de la Iglesia. Estas y demás acciones que quedan referidas en esta relacion histórica, todas de sí tan gloriosas, no nos darán lugar á que nos olvidemos del padre Junípero; y no solo perpetuará su memoria en nosotros sus súbditos, sino en todos los moradores de esta setentrional California. De modo que si no temiera la nota de apasionado discípulo, viendo á mi venerado maestro que dejó en el otro mundo todos los honores con la borla de su sabiduría y se trasplantó en este nuevo de la América, y que no tuvo sosiego hasta internarse en lo mas setentrional para vivir y morir *in terram alienarum gentium*, olvidado del mundo, solo á fin de esplayar su apostólico celo en la conversion de los miserables gentiles, me atreviera á decir de él lo que Salomon dijo de aquel sabio varón (cap. 39): *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a generatione in generationem*. No se apagará su memoria, porque las obras que hizo cuando vivia han de quedar estampadas entre los habitadores de esta nueva